

ENTREVISTA

Entrevista a
Nina Chávez de Santacruz¹

La profesora Nina Chávez de Santacruz se graduó como trabajadora social en el Colegio Mayor de Cultura Femenina de Cundinamarca en 1958. Conjuntamente con las profesoras María Cristina Salazar y Cecilia Valdiri tuvo a cargo la organización y el traslado del Programa de Trabajo Social del Colegio Mayor de Cultura Femenina de Cundinamarca a la Universidad Nacional de Colombia entre 1965 y 1966. En la Universidad Nacional de Colombia se desempeñó como directora del Programa de Trabajo Social durante los períodos de 1966 a 1969 y de 1982 a 1984. En 1986 se desempeñó como directora del Departamento de Trabajo Social.

Comité Editorial: Profesora Nina, ¿usted en dónde se formó como trabajadora social?

Nina Chávez: Yo entré al Colegio Mayor de Cultura Femenina de Cundinamarca en el año de 1951 y termine estudios en 1953. De esa época recuerdo que los campos de aplicación del trabajo social oscilaban entre lo paramédico y lo parajurídico. Por mi formación pedagógica, que me daba una visión más amplia del mundo, siempre me pareció limitado encajonar el ejercicio del trabajo social en los métodos de caso y grupo. Por esto fue muy formativa la visita realizada por la profesora Carolina Ware, quien nos dio elementos metodológicos de organización de la comunidad muy importantes, que pude profundizar luego con dos especializaciones: la primera sobre “Economía Cooperativa”, realizada en 1954. La segunda, de enorme significado para mi vida profesional, fue sobre vivienda social, autoconstrucción y desarrollo

urbano, realizada en el CINVA² en 1957. Allí conocí al profesor Orlando Fals Borda y a trabajadoras sociales de otros países.

C.E.: ¿Qué destacaría de su experiencia profesional?

N.C.: Indudablemente mi paso por el Instituto de Crédito Territorial y por la Universidad Nacional de Colombia. Al Instituto ingresé como directora del Departamento Nacional de Trabajo Social en enero de 1955. A partir de 1961, la Alianza para el Progreso le dio un gran impulso a la política social de vivienda, en especial a los proyectos de autoconstrucción, de los cuales son emblemáticos los barrios Quiroga y Ciudad Kennedy en Bogotá, y de paso a los métodos de organización comunitaria. En el Instituto de Crédito Territorial, el trabajo social adquirió importancia. Se convirtió en un departamento dependiente de la subdirección general con secciones en todas las capitales de departamento. Llegó a tener 150 trabajadoras sociales y al menos 30 cuerpos de paz³ distribuidos en todo el país. Recuerdo que la Universidad Pontificia Bolivariana en Medellín nos dio excelentes candidatas, profesionales muy queridas y brillantes, también las de la Escuela de Servicio Social de Cartagena. Por ese entonces, recién iniciaba labores la Escuela de Servicio Social de Cali, de donde seleccionamos a las profesionales para atender las sedes de Buenaventura y Tumaco, mientras que las egresadas de la Escuela de Servicio

² Centro Interamericano de Vivienda y Desarrollo Urbano, en el cual participaban la Universidad Nacional de Colombia, la OEA y el Instituto de Crédito Territorial.

³ Los cuerpos de paz estaban conformados por profesionales voluntarios generalmente estadounidenses que se integraban a proyectos de desarrollo en el país a través de la Alianza para el Progreso.

¹ Entrevista realizada por Édgar Malagón B., profesor asociado del Departamento de Trabajo Social, a nombre del Comité Editorial. Bogotá, 25 de mayo de 2006.

Social de la Universidad Femenina de Santander nos permitieron atender Bucaramanga y Cúcuta.

C.E.: En su opinión, ¿qué motivó el traslado del Programa de Trabajo Social del Colegio Femenino Mayor de Cundinamarca a la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia?

N.C.: En parte, la inconformidad del alumnado que se sentía en una escuela y no en una universidad, pues no se permitía el ingreso de hombres, no había intercambios y las visiones eran muy cerradas. Recuerdo que esto me costó un llamado de atención de Manuelita Duque, rectora del Colegio en ese momento, quien al enterarse de las críticas que se hacían, invitó a retirarse de la Escuela a quienes no estuvíramos contentos en ella. También una parte de las profesoras jóvenes egresadas del Colegio, interesadas en construir una profesión que se ejerciera interdisciplinariamente, pero con autonomía, no como auxiliares de médicos y jueces. Así mismo, el interés de María Cristina Salazar, que en ese momento era profesora del Colegio Mayor y quien conjuntamente con Cecilia Valdiri había contribuido en la organización del Programa de Trabajo Social de la Javeriana en 1960.

María Cristina creía que el trabajo social podía complementar a la sociología, que veía muy especulativa y distante de los problemas del país. Estas ideas eran compartidas por Orlando Fals Borda, quien entendía al trabajo social como una ingeniería social. Para esa época, Orlando era el decano de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia. El profesor Fals Borda mostró interés, buena voluntad y disposición hacia el trabajo social. Pienso que su contacto con los trabajadores sociales que hacían sus especializaciones en el CINVA influyó positivamente. El profesor Tomás Ducay, quien reemplazó al profesor Fals Borda en la Decanatura cuando éste viajó a los Estados Unidos, también tuvo una actitud receptiva hacia el traslado del Programa de Trabajo Social. Era cuñado de Rafael Mora Rubio, un gran amigo mío con quien realizamos en el CINVA un curso de cooperativismo (que en esencia es una forma de organización

de la comunidad) y a quien le solicité apoyo con el profesor Ducay para concretar el traslado. Luego, siguieron el ejemplo de la Universidad Nacional, la Escuela de Servicio Social de Cali, que era aislada y se integró a la Universidad del Valle. Así mismo, la Escuela de Santander se integró a la Universidad Industrial de Santander. Esto enriqueció la formación de los trabajadores sociales, pues de escuelas aisladas se pasó a interactuar, intercambiar y debatir con sociólogos, antropólogos y otros investigadores sociales.

C.E.: ¿Cuáles fueron las condiciones en que se realizó el traslado?

N.C.: El Traslado se inició desde 1965 con el nombramiento por parte del Consejo Directivo de la Facultad de Sociología de un Comité Asesor de Trabajo Social, del que formaron parte Cecilia Valdiri, Ligia Neira, Nohemí Pinzón, Magdalena Fernández, profesoras del Colegio Mayor, y María Cristina Salazar en representación de la Facultad de Sociología. En 1966, con la organización de la Facultad de Ciencias Humanas, el Programa de Trabajo Social ingresó como una sección del Departamento de Sociología, cuyo director era el profesor Guillermo Briones, un chileno que también tuvo una actitud abierta y favorable hacia la profesión. Él nos representaba ante el Comité de Directores, pues yo no tenía acceso directo a éste. Recibimos ayuda de la Fundación Fulbright, del Consejo Nacional para la Educación en Trabajo Social (CONETS) y de la Universidad de Columbia, en donde el trabajo social tenía un mayor desarrollo metodológico. Vino el decano de la Facultad de Trabajo Social de esa Universidad, quien además visitó otros programas de trabajo social en otras ciudades. Nos mandaron varios especialistas. Recuerdo a Sara Maloni, trabajadora social de origen filipino que se ocupó de complementar la formación de los profesores, y a Williman Dodge, especialista en grupo. También becaron a docentes para adelantar estudios en la Universidad de Columbia. Se seleccionaron de la planta docente del Colegio Mayor. Entre otras estaban Cecilia Valdiri, Nohemí Pinzón, Ligia Neira, Magdalena Fernández y Clarita de Carrillo. Luego yo vinculé a Mariela Prada, quien había tra-

jado en el Instituto de Crédito Territorial. Fue nombrada directora de práctica, una mujer estructurada y organizada, con muchas relaciones humanas para abrir campos de práctica. También traje a Clara María García, egresada de la Escuela de Servicio Social de Cali, y a Roberto Rodríguez, que siendo estudiante de sociología se pasó a trabajo social; a Lucila Medina, quien había realizado una especialización de “Caso” en Puerto Rico; a María Peeters, a quien conocí en el Instituto de Crédito Territorial cuando buscaba a una trabajadora social para las sedes de Pereira y Armenia. Fue curioso. Un día llegó un curita a mi oficina con dos niñas muy bonitas que eran trabajadoras sociales y religiosas de una comunidad abierta, no de convento. Habían estudiado grupo en Holanda y eran preparadas. María tenía una gran capacidad para el trabajo comunitario y experiencia en el barrio Cuba. Ingresó fácil. Exigieron traducción de su título y la nombraron profesora asistente de grupo. Faltaba alguien para comunidad. Entonces recordé que Constanza Villegas estaba terminando una maestría y que tenía proyectado volver al país. Le escribí invitándola a vincularse con la Universidad. Los campos de práctica se abrirían convocando a los directores de programas sociales para explicarles la importancia de la profesión. Nadie se negaba a esta invitación, que se hacía a nombre de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia. Muchas de estas experiencias se iniciaron en las cárceles y en los hospitales.

C. E.: ¿Se trasladaron todas las estudiantes del Colegio Mayor?

N.C.: No. El Comité Asesor que nombró el Consejo Directivo de la Facultad recomendó que solo se trasladaran las alumnas que cursaban segundo y tercer año para que hicieran tercero y cuarto en la Universidad Nacional y obtuvieran el título de licenciadas. El grupo que ingresaba a cuarto año en el Colegio Mayor continuó allí, bajo la responsabilidad académica del Ministerio de Educación Nacional y con el mismo programa establecido por éste para los estudios de servicio social. Muchas personas de Bogotá y de otras ciudades como Medellín y Manizales pidieron trasla-

do, especialmente las educadoras en vivienda que eran auxiliares de las trabajadoras sociales.

C.E.: ¿Con qué plan de estudios se realizó el traslado?

N.C.: Se elaboró un programa de transición recomendado por el Comité Asesor a finales de 1965 para las alumnas que ingresaban a tercero y cuarto año. En éste se enfatizaron temas que no estaban contemplados en el programa del Colegio Mayor y que se correspondían con la nueva perspectiva que se le quería dar al trabajo social. Se le dio mucha importancia a la metodología de la investigación y se incluyeron asignaturas como psicología dinámica, sociología urbana y teoría del cambio social. Paralelamente, el Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Humanas aprobó a principios de 1966 un plan de estudios para el primer y segundo semestres de Trabajo Social, que en realidad no era muy distinto al que existía en el Mayor. Es decir, que el Programa de Trabajo Social en la Universidad Nacional se inició formalmente en 1966 con cuatro cursos: I y II semestres con estudiantes que ingresaron directamente a la Nacional y V y VII con estudiantes trasladados del Colegio Mayor.

C.E.: ¿Este traslado generó tensiones?

N.C.: Varias. En primer lugar, entre los profesores del Colegio Mayor que con justo derecho aspiraban a dirigir el Programa de la Universidad Nacional. Yo vivía en Belencito (Boyacá) desde 1964, criando a mis hijos y haciendo de buena esposa y ama de casa. En octubre de 1965, María Cristina Salazar me escribió invitándome a colaborar con el traslado. Llegué en abril de 1966 y me nombraron directora de la sección de Trabajo Social, pero, la verdad, yo llegué cuando la pelotera había pasado. En segundo lugar, con los mismos sociólogos y otros profesores de la Facultad que nos miraban con reserva. Asociaban al trabajo social con una especie de voluntariado caritativo. Pienso que se preguntaban qué hacía una “aplicación de la caridad y la asistencia” en una Facultad de Ciencias Humanas. El profesor Ernesto Guhl, del Departamento

mento de Geografía, tuvo una actitud muy resistente frente al trabajo social. En el Comité de Directores de la Facultad no teníamos representación directa, debíamos presentar nuestras propuestas y recibir sus decisiones a través del profesor Guillermo Briones, director del Departamento de Sociología, lo cual daba pie a un cierto grado de arbitrariedad, dado que no existía la posibilidad de discutir o contraargumentar.

Y, finalmente, toda esa cantidad de conflictos y confrontaciones con estudiantes y profesores que produjo la llamada reconceptualización, que por estar en la Universidad Nacional de Colombia se vivió de manera especialmente intensa.

C.E.: Profesora Nina, el Comité Editorial de la Revista le agradece su colaboración con esta entrevista.



I Congreso de Sociología, Camilo Torres Restrepo, María Cristina Salazar. Fondo Fals Borda. Archivo Histórico Universidad Nacional de Colombia.